



## ¡BUENOS DÍAS!

***iK***uitaguitetanai!, ¡kuitaguitetanai!, así, con esa palabra, que quiere decir ‘Salió el sol’, saludó Shíntori. Se sentía muy bien con la llegada del nuevo día. Sin embargo, ese amanecer nadie respondió a su «Kuitaguitetanai».

«Qué tipos tan descorteses», pensó. «Ninguno contesta a mi saludo». Se sintió muy molesto.

Tontókoti, quien recién volvía de su vuelo nocturno, y lo había escuchado, se acomodó en su rama. Antes de cerrar sus grandes ojos, habló:



—Tranquilo, Shíntori, para unos es temprano y para otros, tarde. Unos duermen de noche y otros, de día. No todos los animales tienen las mismas costumbres —le explicó—, y se dispuso a dormir.

Shíntori no pudo seguir escuchando al señor Tónkoti. Su barriga comenzó a sonar: gruuu, gruuu, gruuu, era el ruido del hambre.

El feo sonido llegó hasta los demás animales que aún dormían. Unos lo hacían en las ramas o aletas de los árboles, otros dentro de troncos huecos. Algunos entre la tupida vegetación de tierra y los demás en la playa o bajo el agua del inmenso río que corría sin parar.

—Mejor me voy —dijo, y comenzó a caminar rapidito.

«Comeré sékatsi, ¡qué sabrosa es la sekatsi!», pensaba cuando, de pronto, de una rama vio bajar muy apurada a doña Shíkori.

Doña Shíkori se dirigía a su casa. Su casa quedaba cerca, era un gran hueco que estaba entre arena y piedras. Iba a comenzar su veloz carrera cuando escuchó:

—¡Kuitaguitetanei!

Antes de que pudiese contestar el saludo, sintió que no podía respirar. Creyó al monte entero caído sobre su cuerpo. Mas no era eso: estaba aprisionado por una fuerte pezuña que duramente oprimía su lomo.

—¡Ajá!, tú también eres descortés. No contestas los saludos —dijo Shíntori aflojando un poco la presión.

—Es que no me dejabas hablar —contestó Shíkori—. ¡Tú sí que pesas...!

—¿Y de dónde vienes?

—De comer tsigitos toda la noche.

—¿No comes tsigitos en el día?

—No, pues de día no salgo.

—¿Y por qué?

—Porque me da mucha vergüenza...

Aunque Shíntori no comprendía; tampoco siguió preguntando.

—Me voy —dijo—, mi panza hace gruuu, gruuu. Quizás ya se me adelantó el compadre Shároni, a él también le encanta la sékatsi y es capaz de comérsela toda —comentó.

Por fin, dejó libre a Shíkori.



¡UF!

«¡Uf!, me libré. No estuvo tan malhumorado. Shíntori, con hambre y malhumor, come hasta shíkoris. Pudo comerme», reflexionaba mientras se acercaba a su casa.

Pasaba todo el día en el hoyo.

La casa-hoyo era grande. Fue construida por don Étini, para él y toda su familia. Don Étini cavó y cavó mucho con sus grandes y fuertes uñas hasta conseguir una buena vivienda. Mamá, papá, etinitos y etinitas vivieron, por un tiempo, muy felices en su hogar. Sin embargo, cierto día, el gran yungunturo decidió que se

mudasen. Se había enterado de la llegada de cazadores. Era un peligro seguir allí. Los hombres, con sus trampas y armas, perseguían a todos los étinis. Usaban sus caparazones para fabricar guitarras y charangos. Así, la casa-hoyo quedó abandonada, y luego, comenzó a servirle de vivienda a una nueva inquilina: doña Shíkori.

Nuestra amiga se acostumbró a vivir sola. Así lo había decidido. Pero siempre recordaba con tristeza a otras shíkoris. Además, extrañaba los largos días de sol y la arena calientita. Le pesaba no salir a disfrutar y sufría; además, sentía mucha, mucha, vergüenza.

Pensando en que Shíntori y Shároni estarían comiendo hartas sékatsis, y que don Étini viviría muy feliz con su familia. Cerró sus ojitos y se fue quedando dormida.





## TORMENTA

**L**a mañana se volvía oscura, oscura. Los animales acostumbrados al día, y los acostumbrados a la noche, grandes y chicos, con plumas, pelos o escamas, todos, todos, muy presurosos, buscaban refugio en huecos, sobre inmensas aletas o ramas de árboles o entre la densa vegetación. Y, bajo el agua, peces, lagartos y taricayas se escondían en el fondo del río.

Shiiiiiiiiiii, silbaba el tampía. Hojas, pequeños arbustos, arena, tierra, todos volaban. El fiero matsónsori y el gran kémari, corrían. Uno se olvidó de rugir, y el otro de silbar por su gran nariz. Hasta el sóroni

dejó de lado su eterna paciencia, o flojera, y se apuró a cubrirse con algunas ramas.

# ¡BRUMMMMMMMMMM!

¡Brummmmmmmmm! se escuchaba a lo lejos: era el impresionante kareti.

Primero, una gran luz iluminaba todo y el monte se envolvía en un mediodía blanco. En el suelo se sentían fuertes cosquillas. También caían y se quema-

ban árboles. Doña Shíkori, que despertó asustada al ver el relámpago, contaba: «pátiro, píteti, mábati», y ¡Brummmmmmmmm!, se escuchaba al kareti. Volvía a contar y era igual.

¡Plinc, plinc, plinc, plinc!, caían las gotas, era doña Ínkani. Donde no existían, comenzaron a aparecer muchos riachuelitos. Las quebradas y los ríos crecieron, crecieron y crecieron.

